

cion habian decidido privarse de sus servicios. Entre palabra y palabra, bebia un sorbo de té, protestando de su sentimiento. ¡Oh! una disputa de la que apenas se acordaba, porque abandonó el despacho fuera de sí. Pero ¿qué iba á hacerle? Él no podia romper con ellos por una cuestion de personal. Bouthemont tuvo aún que darle las gracias.

— ¡Vaya un abrigo terrible! — hizo notar la señora de Marty. — No sale Enriqueta.

En efecto, aquella ausencia prolongada empezaba á preocupar; pero la señora Desforges apareció en aquel momento.

— ¿Con que renunciáis á él? — dijo alegremente la señora de Boves.

— ¿Cómo?

— Sí; nos ha dicho el señor Mouret que no podeis sacar partido de él.

Enriqueta afectó sorprenderse.

— El señor Mouret ha hablado en broma. El abrigo quedará divinamente.

Parecia sosegada y sonriente. Habia lavado sus pupilas, porque estaban frescas y no enrojecidas. Miétras su corazon sangraba, tuvo fuerzas para ocultar su disgusto bajo la máscara de la jovialidad mundana. Presentó *sandwichs* á Vallagnosc, con su sonrisa de siempre. Unicamente el Baron, que la conocia bien, notó la ligera contraccion de sus labios y el fuego sombrío que no pudo apagar en el fondo de sus ojos. Adivinó toda la escena.

— De gustos no hay nada escrito — decia la señora de Boves aceptando un *sandwich*. — Conozco señoras que no comprarian una cinta más que en el *Louvre*. Otras, en cambio, están por el *Bon-Marché*. Cuestion de temperamento sin duda.

Recayó la conversacion sobre los grandes almacenes. Mouret tuvo que dar su opinion afectando ser justo. El *Bon-Marché* era excelente casa, pero el *Louvre* tenia parroquia más brillante.

— En fin, que preferís *La Dicha de las Damas* — dijo sonriendo el Baron.

— Sí — repuso Mouret tranquilamente. — En nuestra casa se quiere á los compradores.

Todas las señoras se pusieron de su parte. En *La Dicha* se hallaban como en su casa, sintiendo allí como una caricia continua; una adoracion que retenia á las más prudentes. El éxito enorme del almaceen partia de aquella galante seducccion.

— A propósito — preguntó Enriqueta, que queria demostrar gran libertad de espíritu — ¿y mi protegida? ¿qué habeis hecho de ella, señor Mouret? Ya sabeis quién digo: la señorita de Fontenailles.

Y añadió volviéndose á la señora Marty:

— Una marquesa, querida; una pobre jóven caída en la miseria.

— Gana tres francos diarios cosiendo muestras — contestó Mouret — y pienso casarla con uno de los mozos del almacén.

— ¡Horror! — exclamó la de Boves.

Él la miro, y dijo sosegadamente:

— ¿Por qué, señora? ¿No es mejor que se case con un chico honrado y trabajador, que ser recogida por cualquier holgazan de la calle?

Vallagnosc quiso intervenir en broma.

— No le deis cuerda, señora, porque os dirá que las antiguas familias francesas deben vender percales.

— Pues para muchas de ellas — declaró Mouret — sería al ménos un fin honroso.

Rieron de la paradoja, que pareció fuerte, miétras él alababa lo que llamaba la aristocracia del trabajo. Débil rubor inundó las mejillas de la señora de Boves, que vivia de los expedientes, miétras la de Marty aprobaba, sintiendo remordimientos al pensar en su pobre marido. Precisamente entraba el profesor que iba á buscarla. Parecia más seco y chupado por sus duros trabajos dentro de su raquítico redingot. Cuando dió las gracias á Enriqueta por haber hablado al ministro en favor suyo, volvió hácia Mouret, con la mirada del que contempla el mal de que ha de morir. Se quedó asombrado al oír que aquél le dirigia la palabra.

— ¿No es cierto que el trabajo lleva á todas partes?

— El trabajo y el ahorro — contestó con un ligero temblor de todo su cuerpo; — añadid el ahorro.

Bouthemont estaba, en tanto, inmóvil en su butaca. Las palabras de Mouret resonaban en sus oídos, y al fin se levantó, y dijo al oído de Enriqueta:

— Sabed que me ha insinuado mi despedida... ¡Pero me doy al diablo si no se arrepiente! Acabo de encontrar mi muestra: *A las cuatro estaciones*, y me planto cerca de la Ópera.

Ella le miró con los ojos ensombrecidos:

— Contad conmigo... Esperad.



Se llevó en seguida al Baron al hueco de una ventana. Le recomendó á Bouthemont como un jóven que iba á revolver Paris estableciéndose por su cuenta. Cuando habló de una comandita para su nuevo protegido, no pudo reprimir un gesto el Baron. Era aquel el cuarto muchacho de genio que ella le confiaba, y acababa por sentirse ridículo. Pero no rehusó claramente: la idea de establecer una competencia á *La Dicha* le gustaba, y le divertía la aventura. Prometió, en fin, examinar el negocio.

—Es preciso que hablemos esta noche— dijo Enriqueta al oído de Bouthemont.— Á eso de las nueve... No falteis... El Baron es nuestro.

En aquel momento la vasta pieza se llenaba de conversaciones. Mouret, siempre en medio de aquellas señoras, recobraba su gracia. Se defendía por arruinarlas con las chucherías, y las ofrecía demostrar, con cifras á la vista, que en su casa se economizaban un 30 por 100. El Baron le miraba con la admiración fraterna de antiguo corredor de aventuras.

¡La lucha ha terminado! Enriqueta estaba vencida, y no sería aquélla la mujer temida... pero Mouret creyó volver á percibir en el recibimiento el modesto perfil de Dionisia. Allí estaba, paciente y sufrida, la única verdaderamente temible con su sola arma: la dulzura.

Bromeaba con su aire encantador y sencillo. Él sonrió débilmente, y la condujo hasta la puerta como á una dama.

Al día siguiente se nombró primera á Dionisia. La Direccion dividió en dos la seccion de trajes y abrigos, creando especialmente en favor de ella una seccion de trajes para niños, que se instaló cerca de la de confecciones. Desde la despedida de su hijo temblaba la señora Aurelia, porque veía serios á aquellos señores y veía crecer el poder de la jóven. ¿No podían sacrificarla á ella con cualquier pretexto? Su rostro cesáreo parecia haber adelgazado con la vergüenza que pesaba sobre la dinastía de los Lhomme. Afectaba irse por la noche del brazo de su marido, como aproximados por su desgracia y sintiendo vagamente que su infortunio venia del desarreglo de su hogar. Lhomme, más afectado que ella, y temiendo se sospechase de él tambien, revisaba sus cargámenes con todo cuidado, haciendo con su brazo malo verdaderos milagros. Cuando la señora Aurelia vió pasar á Dionisia como primera á la seccion de trajes para niños, experimentó tan vivo gozo, que sintió hácia ella la más afectuosa simpatía. Era bien buena al

no arrebatarla su plaza. La colmaba de agasajos, la trataba como á igual, é iba á hablar con ella á la vecina seccion con el aparato de la reina madre que visita á su hija.

Dionisia habia llegado á la meta. Su nombramiento de primera venció las últimas resistencias. Si aún se murmuraba, porque el chisme impera en toda reunion de hombres ó mujeres, era sumamente bajo. Margarita habia pasado á segunda de las confecciones y se deshacia en elogios, y hasta Clara, respetuosa ante aquella fortuna, de que se creia incapaz, habia bajado la cabeza. La victoria de Dionisia fué aún más completa sobre aquellos señores: Jouve la hablaba inclinado; Hutin, lleno de zozobra, sentia vacilar su posicion; Bourdoncle estaba reducido á la impotencia. Cuando éste la vió salir del despacho de la Direccion sonriente y tranquila, y que al otro día el director exigia del Consejo la creacion de la nueva seccion, se inclinó vencido por el miedo á aquella mujer. Siempre habia cedido así al poder de Mouret, á pesar de los desfallecimientos de su genio y las debilidades de su corazon; pero aquella vez la mujer era la más fuerte, y esperaba ser arrastrado por el desastre.

Dionisia usaba encantadoramente de su triunfo. La agradaban las muestras de consideracion, viendo en ellas afectuosa simpatía por lo desgraciado de su *debut* y el éxito final de su valor. Acogia gozosa los más sencillos testimonios de amistad, y esto acabó por hacerla querer de algunos; tan dulce y atractiva era. Sólo mostró invencible repugnancia por Clara, porque sabia que ésta se habia vanagloriado de hacer dormir con ella una noche á Colomban, quien seguia yendo, llevado por su pasion, mientras Genoveva agonizaba. Se hablaba de ello en *La Dicha*, y encontraban picante la aventura.

Pero esto no alteraba el humor de Dionisia. Habia que verla en su seccion en medio de niños de todas edades. Adoraba á los pequeños y no podían haberla puesto en mejor sitio. Muchas veces se reunian como unos cincuenta entre niños y niñas, turbulento batallon entregado al placer de la naciente coquetería. Las madres perdian la cabeza, y ella, sonriendo, sentaba aquella tropa sobre las mesas. Cuando tenia en el regazo un chiquitín de mofetes rosados, queria servirle ella misma, probándole el traje con precauciones de hermana mayor. Se oian risas alegres y gritos de admiracion entre las voces gruñonas de las mamás. Alguna niña, ya casi mujer, de doce ó catorce años, se probaba un abrigo de paño



ante un espejo, volviéndose con la cara absorta y los ojos radiantes. Llenaban los mostradores los vestidos de tela de Asia rosa ó azul, para niños de uno á cinco años; los trajes de azul marino y céfiro Luis XV; abrigos, chaqués, mezcla de vestidos estrechos y graciosos, algo como un vestuario de muñecas salido de los armarios y entregado al pillaje. Dionisia llevaba siempre algunas golosinas, y acallaba el llanto de un diablillo, desesperado por no llevarse unos pantalones encarnados; vivía entre los pequeños como entre su familia natural, rejuvenecida con aquella inocencia y frescura, renovada sin cesar en torno de ella.

Al presente tenía largas conversaciones amistosas con Mouret. Cuando tenía que ir á la Direccion á recibir órdenes, él la retenía para hablar, y gustaba de oirla. Á esto llamaba ella *hacer de él una buena persona*. En su cerebro razonador de normanda crecían toda clase de proyectos, de ideas sobre el nuevo comercio, que presintió ya en casa de Robineau, y que había expuesto en aquel hermoso paseo de las Tullerías. No podía ocuparse de algo, ver funcionar determinado trabajo, sin que experimentase el deseo de ordenarlo y perfeccionar el mecanismo. Desde su entrada en *La Dicha de las Damas* se sintió conmovida por la precaria suerte de la dependencia; las despedidas bruscas la sublevaban y las creía injustas, inicuas, y tan perjudiciales á la casa como al personal. Los sufrimientos de sus principios la dolían aún, y sentía compasion ante cada recién venida que hallaba en las secciones con los piés cansados, los ojos preñados de lágrimas y arrastrando su miseria bajo un vestido de seda, y perseguida por la antipatía de las antiguas. Esta vida de perro azulado maleaba á las mejores y comenzaba el triste desfile: todas eran gastadas por el oficio ántes de los cuarenta años, y desaparecían cayendo en lo desconocido, muriendo de pena unas veces, otras de la tisis ó la anemia, de cansancio ó caídas en el lodazal. Las más felices se casaban y se iban al fondo de una tiendecilla de provincia. ¿Era humano y justo este consumo de carne de los grandes almacenes? Hacía la causa de los rodajes de la máquina, por interes de los dueños, no por razones sentimentales. Cuando se quiere una máquina sólida se emplea buen hierro, y si el hierro se rompe hay pausa en el trabajo y gastos de compostura, que suponen pérdidas de fuerza. Algunas veces se animaba y veía el bazar ideal, el falansterio del negocio, en el que cada cual llevaba su parte en la ganancia, segun sus méritos, con la certidumbre del mañana en un contrato. Mouret se

distraía entónces á pesar de su fiebre; la acusaba de socialista, y la hacía dudar mostrándola las dificultades de ejecucion, porque hablaba con la sencillez de su alma, adelantándose al porvenir hasta ver el lado peligroso de su plan. Él escuchaba seducido aquella voz juvenil, tan convencida cuando hablaba de las reformas que debían consolidar la casa. Óíalas bromeando, puesto que la suerte de los empleados había mejorado poco á poco, reemplazando las despedidas en masa por otro sistema de reemplazos en las épocas de poca venta, y con la creacion de una caja de socorros mutuos, que les ponía al abrigo de cesantías forzosas y les aseguraba un retiro. Era el embrión de las vastas asociaciones obreras del siglo xx.

Dionisia no se limitaba á curar heridas, de que ella sangraba todavía, sino que inspiraba delicadas ideas á Mouret para solazar á la clientela. Hizo las delicias de Lhomme apoyando un proyecto que hacía tiempo acariciaba: la creacion de una orquesta cuyos ejecutantes saliesen del personal. Tres meses despues, tenía Lhomme bajo su batuta ciento veinte músicos, y se realizaba el sueño de su vida. Se dió una gran fiesta de baile y concierto, para presentar á la clientela y al mundo entero la música de *La Dicha*. La prensa se ocupó de ella, y el mismo Bourdoncle, arrastrado por aquellas innovaciones, tuvo que inclinarse ante el enorme reclamo. Se instaló en seguida una sala de juegos para los dependientes, dos billares, mesas de tresillo, etc. Hubo clases en la casa, por la noche, de inglés, de alemán, de gramática, de aritmética, de geografía y hasta de equitacion y esgrima. Se creó una biblioteca con diez mil volúmenes á disposicion de la dependencia. Hubo médico en la casa que daba consultas gratuitas; baños, *buffet* y salon de peluquería. Todo estaba allí sin necesidad de salir: el estudio, la mesa, el lecho y el vestido. *La Dicha de las Damas* se bastaba á si misma en medio de París, preocupada con aquella ciudad del trabajo, que se hacía notar entre el lodo de las viejas calles abiertas al fin á la luz del dia.

La opinion se movió en favor de Dionisia. Como Bourdoncle repitiese, desesperado, á sus intimos que hubiese preferido haber acostado por si mismo á la jóven en el lecho de Mouret, se supo que aquélla no había sucumbido, y que su poder venía precisamente de esto, lo que la hizo popular. No se desconocían las comodidades que se la debían, y se admiraba su fuerza de voluntad. ¡Ya había al fin una que le ponía el pié al cuello al principal, y



que sacaba de él algo más que promesas ! ¡ Había llegado la que hacía respetar á aquellos pobres diablos ! Cuando atravesaba Dionisia las secciones con su cabeza fina y firme y su aire dulce é invencible, la sonreían los dependientes, que orgullosos de ella la hubieran enseñado de buena gana á la multitud. Ella se sentía feliz y se dejaba acariciar por aquella simpatía. ¿ Era posible aquello ? Veía su entrada con un pobre traje, azorada, perdida entre los engranajes de la terrible máquina ; largo tiempo sintió que nada era, apenas un grano bajo aquellas piedras... y hoy era el alma de aquel pequeño mundo ; ella sola brillaba, y podía con una palabra precipitar ó contener al coloso echado á sus piés. No había buscado esto : se había presentado sin cálculo, con el solo encanto de su dulzura. Su soberanía la causaba inquieta sorpresa. ¿ Por qué todos la obedecían ? No era bonita, pero no hacía mal á nadie. Sonreía, al fin, con el corazón tranquilo ; su fuerza estaba en la bondad y el juicio, en el amor á la verdad y la lógica : ésta era su fuerza.

Uno de los mayores placeres de Dionisia fué el de ser útil á Paulina. Ésta estaba embarazada, y temía, porqué dos oficiales tuvieron que irse al sétimo mes de su preñez. La Direccion no pasaba por esto ; la maternidad se eliminaba como un estorbo indeseable. Se permitía el matrimonio, pero se prohibían los niños. Paulina tenía al marido en la casa y desconfiaba. Á fin de retardar una posible despedida se oprimía hasta ahogarse, resuelta á ocultar aquello el tiempo que pudiera. Una de las dos oficiales despedidas acababa de parir un niño muerto por apretarse así el talle, y se encontraba en peligro de muerte. Bourdoncle observaba la palidez plomiza de Paulina y su lentitud al andar. Una mañana estaba cerca de ella, en ocasion que un mozo que cargaba un paquete la dió con él al pasar. Paulina dió un grito y se llevó ambas manos al vientre. Acto seguido la hizo decir Bourdoncle la verdad, y la sometió al Consejo para ser despedida con pretexto de que la convenía el aire del campo. La historia del golpe correría, y el efecto sobre el público sería desastroso si malparía, como otra de los ajueres de niño el pasado año. Mouret, que no asistió al Consejo, no pudo avisar hasta la noche ; pero Dionisia intervinó y cerró la boca á Bourdoncle en nombre del interés de la casa. Pues qué, ¿ quería aterrar á las madres y á las jóvenes paridas de la clientela ? Se decidió, en vista de esto, que toda oficiala preñada se colocaría en casa de una partera especial desde el momento

que su presencia en el mostrador dañase á las buenas costumbres.

Cuando subió Dionisia al otro día á la enfermería, Paulina, que tuvo que guardar cama por el golpe recibido, la abrazó.

— ¡ Qué buena sois ! Sin vos ya estaría fuera... No es de cuidado esto ; dice el médico que no será nada.

Baugé estaba al otro lado de la cama, balbuceando gracias, turbado ante Dionisia, á la que trataba como persona de superior categoría. Si oía al presente bromitas sobre ella, cerraba la boca á los envidiosos. Paulina le despidió encogiéndose amistosamente de hombros.

— No dices más que bobadas, querido... Anda, déjanos hablar.

La enfermería era una vasta y clara pieza en que se alineaban doce camas con colchas blancas. Allí se cuidaba á los empleados de la casa que no querían serlo por sus familias. Aquel día estaba Paulina sola, cerca de una de las grandes ventanas que daban á la calle Neuve-Saint-Augustin. Las confidencias y palabras tiernas, murmuradas en voz baja, surgieron entre las sábanas blancas y aquel ambiente quieto que exhalaba vago perfume de lavanda.

— ¿ Conque hace lo que vos quereis ? ¡ Qué mala sois haciéndole sufrir así ! Vamos, decidmelo : ¿ es que le odiais ?

Tenía una mano de Dionisia cogida sobre la almohada. Ésta, emocionada ante aquella pregunta inesperada, se puso encarnada, y dejó escapar su secreto ocultando la cabeza contra el lecho.

— ¡ Le amo !

— ¡ Cómo ! — dijo estupefacta Paulina. — Pues es bien sencillo : decid que sí.

Dionisia negó con un enérgico movimiento de cabeza, y negó precisamente porque le amaba, sin explicárselo. Aquello sería ridículo, pero no podía obrar de otro modo. La sorpresa de su amiga aumentaba, y preguntó :

— Entónces, todo eso ¿ es para que se case con vos ?

La jóven se irguió alterada.

— ¡ Casarse conmigo ! ¡ Oh, no ! ¡ Os juro que jamas pensé en tal cosa ! ¡ No ! ¡ Nunca tuve tal cálculo, y ya sabeis que aborrezco la mentira !

— ¡ Diablo ! Pues si le tuvierais no obraríais de distinto modo. Es preciso que eso acabe en matrimonio, puesto que no quereis lo otro. Os prevengo que todo el mundo lo cree así ; sí, todos creen que le enseñáis la pildora para llevarle ante el cura. ¡ Qué picarilla sois !



Tuvo que consolar á Dionisia, que seguía sollozando y repitiendo que acabaría por irse, puesto que todas la creían capaz de pensamientos que nunca había tenido. Claro que cuando un hombre quiere á una mujer debe casarse con ella; pero ella no pedía nada, no calculaba nada, y sólo quería que la dejaran vivir tranquila con sus penas y sus alegrías, como todo el mundo. Concluirían por obligarla á marcharse.

En aquel momento atravesaba Mouret los almacenes. Quería aturdirse visitando una vez más las obras. Habían pasado mesés, y la fachada se alzaba ya como un monumento detrás de la muralla de andamios que la ocultaban al público. Todo un ejército de decoradores estaba en ejercicio: marmolistas, obreros en mosaicos y en *faience*. Se doraba el grupo central, sobre la puerta, mientras abajo se colocaban los pedestales que debían sostener las estatuas de las ciudades manufactureras de Francia. Desde la mañana á la noche, en la calle del Dix-Decembre, abierta hacia poco, estacionaba porción de desocupados con la nariz al aire, sin ver nada, preocupados con las maravillas de aquella fachada, que debía asombrar á París. Sobre las obras, entre los artistas que realizaban su sueño, comenzado por los albañiles, sentía más amargamente Mouret la vanidad de su fortuna. El pensamiento de Dionisia le apretaba el corazón, como si le atravesase el pecho con el dardo de un mal incurable. Había huido sin hallar una palabra de satisfacción, y temiendo mostrar sus lágrimas, dejando ver su desaliento en el triunfo. Aquella fachada que estaba ya en pie le parecía pequeña y como uno de esos muros de arena que hacen los niños, y aún prolongándolo de un lado al otro del *faubourg*, elevándolo hasta las estrellas, no hubiera llenado el vacío de su corazón, que sólo el *si* de una mujer podía llenar.

Cuando Mouret volvía á su despacho, ahogó sollozos contenidos. ¿Qué deseaba ella? No se atrevía á ofrecerle dinero, y la confusa idea de casarse surgió de entre sus turbaciones de viudo joven.

Corrieron sus lágrimas en el enervamiento de su impotencia y se creyó desgraciado.

## XII

Una mañana de Noviembre daba Dionisia sus primeras órdenes en la sección, cuando llegó la criada de los Baudu diciendo que la señorita Genoveva había pasado mala noche y que quería que bajase en seguida su prima. Desde hacía algún tiempo se debilitaba de día en día la joven, y tuvo que guardar cama la víspera.

—Decid que voy en seguida—respondió muy inquieta Dionisia.

El golpe que hería á Genoveva era la brusca desaparición de Colomban. Primero, y atraído por Clara, hizo vida común con ella, y cediendo luego al deseo de todos los jóvenes contenidos y castos, fué como el perro sumiso de aquella mujer. Un lunes no volvió, escribiendo sencillamente á su principal una carta de despedida, escrita con la frase rebuscada de un hombre que se suicida. Tal vez en el fondo de aquella pasión hubiese el cálculo de librarse de un matrimonio desastroso. La pañería iba tan mal como la salud de su futura, y era hora de romper. Todos le citaban como una víctima fatal del amor.

Cuando Dionisia llegó al *Viejo Elbauf*, estaba sola la señora Baudu, inmóvil, detrás de la caja, con su rostro empalidecido por la anemia, guardando el vacío silencio de la tienda. No había otro dependiente. La criada pasaba el plumero á los anaqueles, y aún se trataba de reemplazarla por una asistenta. Caía frío del techo, y pasaban las horas sin que un comprador entrase. Los géneros, que de tarde en tarde se movían, parecían tomados del salitre de las paredes.

—¿Qué ocurre?—preguntó Dionisia vivamente.—¿Está Genoveva en peligro?

La señora Baudu no contestó en seguida. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y luego balbuceó: